

México y las Implicaciones Demográficas de la Postguerra

Por Emilio URIBE ROMO. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

S U M A R I O

- I. Perspectiva intercontinental.
- II. Presión demográfica y potencial militar.
- III. Puerta entrecerrada en México.
- IV. Vicisitudes demográficas e industrialización.
- V. Monopolios y migración.
- VI. Política mercantil y política migratoria.
- VII. Expectativa de vida y recuperación demográfica.
- VIII. Optimum de población y mestizaje.

I

PERSPECTIVA INTERCONTINENTAL

EL mundo contemporáneo, que se contrae más y más por la superación en celeridad y abaratamiento de los transportes aéreos, ya parecía estrecho para una desorbitada ambición de espacios vitales que lo llevó a los bordes de la ruina. ¿Tendrá, si consolida la paz y coordina sus complejas actividades, suficiente amplitud para que vivan y se reproduzcan los 2,170.200.000 habitantes con que cuenta, según las más recientes investigaciones? El Anuario Estadístico 1942-1944, de la Liga de las Naciones, ya substituída por la ONU, consigna ese total de seres humanos, en una

superficie ecuménica de 132.985,000 kilómetros cuadrados, lo que da una densidad de 16.32 por kilómetro cuadrado, como un cincuenta por ciento superior a la de la República Mexicana. Asia, sin la URSS, aparece con el mayor número de gentes, elevándose sus efectivos a 1,154 millones; la siguiente Europa, también sin la URSS, con 402 millones; América está en el tercer lugar, con 273.4 millones; África en el cuarto, poblada por 158 millones. La URSS, sola, en sus territorios europeos y asiáticos, que se extiende hasta el estrecho de Behring, se hace notar por su enorme población de 172 millones de individuos, mucho mayor que la de los Estados Unidos del Norte, de 143 millones. México, América Central y las Antillas, aparecen con 47 millones y la América del Sur con 88.5.

A medida que la civilización se difunde y se crean condiciones materiales igualmente propicias para la plena realización de las capacidades humanas, los grupos étnicos se fusionan, como está ocurriendo en México al consolidarse, con la unidad de la sangre, la nacionalidad mestiza. En el Brasil, dentro de un tipo general de civilización desaparecen rápidamente desemejanzas étnicas y en la URSS, pueblos heterogéneos se aglutinan formando uno sólo, en un gran crisol de razas. También eso han sido los Estados Unidos, pero allí, asimilado el negro en muchos sentidos al medio de los blancos e infiltrándole influencias negras; ya sin posibilidad de regresión al estado salvaje de sus antepasados, vive preso en su pigmento oscuro, por arraigados hábitos discriminatorios en su contra, carentes de sentido biológico y de justificación.

Superada la etapa bélica, que dejó un saldo terrorífico de muertos y de riqueza destruida, ha seguido, la recuperación económico-demográfica. Se está formando una nueva estructura del mundo con el concurso de poderosos factores que actúan en el subsuelo de la política internacional. El impacto de fuerzas tendientes a la integración confiere cierta flexibilidad a las fronteras; pero, aunque se logró la victoria sobre el formidable consorcio de potencias que sostuvieron al dogma de superioridades de raza y de calidad biológica, aún no se esboza la concertación de medidas sobre movilidad de la energía humana en migraciones irrestrictas; esa movilidad parece más difícil de alcanzarse que la de capitales; empero, se acepta que la mayor riqueza la constituye el hombre.

Si se resolviera el problema económico en escala mundial, cesaría la expatriación de trabajadores que se lanzan a la aventura de buscar el sustento en otros climas, quedando solamente la emigración que no se origina en el desvalimiento económico, y el turismo, fenómeno que, al contrario de

la emigración típica, proviene de la multiplicación de los medios de vida y beneficia en alto grado a los países que lo reciben, como industria en la no tienen que hacer grandes inversiones.

La esperanza de los pueblos pobres en lo que puede aportarles la postguerra, se concreta en que se eleven sus niveles de producción agrícola y en industrializarse. Lo primero implicará, en muchos de ellos, la desaparición de los latifundios, a menos de que se organicen éstos como grandes explotaciones extensivas e intensivas, y lo segundo les será factible a condición de que logren contrarrestar las nefastas maquinaciones de los carteles horizontales y verticales y de toda especie de monopolios.

El pleno desenvolvimiento material y la evolución cualitativa de los núcleos humanos, harán que la cantidad de habitantes tenga positiva significación en el destino de los países y permitirá que se eleve en éstos el óptimum de población.

Extendido en Asia un nivel como el que alcanzaron las naciones evolucionadas de Europa o siquiera como el que alcanzó el Japón, ya no habrá estacionamiento demográfico en aquel continente. Los 450 millones de chinos, cuando tengan la capacidad aumentativa de una población bien nutrida, darán la sorpresa de un crecimiento gigantesco; algo semejante ocurrirá en la India, ya que en la actualidad empieza a llamar la atención por el inesperado aumento del número de habitantes. El Japón, a su vez, con su economía desfeudalizada y democratizado, seguramente no se inmovilizará con su ya numerosa población. Lo que se ha llamado el peligro amarillo será una realidad para la civilización occidental si se acentúa, en vez de remediarse, la pobreza asiática de preguerra y se produce, a causa del hambre, un desbordamiento de las multitudes amarillas sobre los continentes más favorecidos por su técnica y su producción. No habrá tal peligro si se facilita al Asia la explotación racional de sus recursos naturales y, por consiguiente, su desarrollo industrial y comercial, explotación que será el medio de que alimente y retenga en su territorio a una población inmensa que de estacionaria podrá convertirse en dinámica.

Un pueblo, el judío, que puede prestar una gran ayuda para ganar la paz, que ha padecido las peores consecuencias de la guerra, con el sacrificio de muchísimas de sus familias, destrucción de hogares y éxodos, clama demandando regresar a su tierra, Palestina, y algunas facilidades por parte de las naciones a cuyo lado luchó, para distribuir y estabilizar algunos elementos suyos que tendrán que desplazarse de Europa, a cuya civilización, ahora destrozada por el totalitarismo, varias generaciones de esa fi-

liación israelita prestaron relevante concurso. América acogió a dos geniales exiliados judíos: Einstein y Zweig, y muchos otros de posición destacada en los dominios del progreso. Los restos de Zweig descansan en el Brasil.

La inmensa Asia, que de su milenaria somnolencia sale en vías de industrializarse y de que su población aumente, es un ejemplo de lo que podrán ser, en el aspecto demográfico los caracteres del mundo que está naciendo. Las mutuas contradicciones de los dos tipos de economía que presiden este nacimiento y las internas respectivas, han gestado como expresión intermediaria de ambos, en la que se esboza una síntesis, las tendencias a conciliar las normas democráticas con los anhelos colectivos antimonopolistas en una democracia integral. Un progreso consistente se traducirá en alza del normal de vida y de los índices del crecimiento de población.

Fundamentalmente la América Latina, sobre todo los países de elevado coeficiente de indios, tiene de común con Asia el problema de superar su atraso material, atraso que puede ser un argumento en favor de la comunidad de origen étnico asiático-americano. Pero contrariamente al Asia, pletórica de habitantes. América, exceptuando los Estados Unidos, la República del Salvador y alguna otra república pequeña, tiene además el problema general de poblamiento.

La necesidad de cooperación entre las Naciones Unidas no terminó con la guerra, sino que la reclama la postguerra, y para que produzca resultados prácticos y perdurables, debe hacerse extensiva a todos los seres humanos en la interdependencia funcional de población y riqueza.

II

PRESION DEMOGRAFICA Y POTENCIAL MILITAR

Ante el súbito colapso de Francia en 1940 y discrepando de las opiniones que lo presentaban como fenómeno de naturaleza puramente militar o política, se alzó la voz de un general que denunció como causa eficiente el crónico mal de la natalidad en descenso.

¿De qué sirve —clamaba el desencantado expositor de este espectacular desenlace de un largo proceso neomalthusiano— erigir imponentes líneas defensivas y fabricar cañones y fusiles si el país ya no produce potencial humano, sin el cual se frustran todos los recursos bélicos?

El vigor demográfico de Francia y su consiguiente capacidad colonizadora empezaron a declinar en tiempos de Napoleón III, que alentó ímpetus conquistadores extemporáneos. Resultaron éstos, además, demasiado grandes para la significación personal intrínseca de ese advenedizo mediocre, cuya pequeñez fué tema épico de Víctor Hugo.

La intervención de Napoleón III en México se realizó con menosprecio de otros dos hechos de gran trascendencia demográfica: un indio encarnaba la conciencia de mexicanidad, provocando reacciones aglutinantes, en una población heterogénea y aquejada del complejo de inferioridad; ante los amagos internos y externos en contra de la autonomía nacional, afirmó ese indio posibilidades de supervivencia y progreso de un mosaico de grupos étnicos, propiciados por una más acelerada capilaridad social. Entretanto, en los Estados Unidos se producía un acontecimiento de naturaleza similar, pero en más vasto escenario y con actuación de más numerosos sectores humanos. Se derribaba una barrera racista (más tarde se alzarían otras) se duplicaba el poderío nacional por la unificación del Norte y el Sur y los antiesclavistas tremolaban, como bandera victoriosa, su postulado democrático de convivencia humana.

Las fronteras de Francia cedieron ante la fuerza expansiva de una población alemana en rápido proceso de crecimiento y de belicosidad atávica no atenuada por intensos cruzamientos con especies pacíficas. Limítrofe también de Francia se desarrollaba otra población, la italiana, con renovadas aspiraciones de aumentar su potencialidad después de alcanzada la unidad política de su país.

Una población deficitaria, como la francesa, que ha tenido que recurrir al refuerzo de potencial humano inmigrante, mal podía colonizar y mantener sus posesiones del exterior, en tanto que los emigrantes italianos sobrepasan en Túnez y Argel a los colonos franceses.

No podía prevalecer el equilibrio político en oposición a economías fragmentarias competitivas y a nacionalismos irreductibles, ni habían de conciliarse en una fuerza centrípeta unificadora las diversas presiones demográficas y las tendencias racistas anacrónicas que venían a establecer nuevas divisiones donde ya todo, en lugar de estar estrechamente unido por obra y por conciencia de necesidades vitales, estaba dividido en exceso.

Apenas rehecho el militarismo germano, después de la primera guerra mundial, se produjo el fenómeno nazifacista. Alemania quería todo el mundo como espacio vital para una "raza" nada más, la de los pretensos arios puros y pregonó, como exigencia del destino y como resultado de

verdades científicas, la ineludible preponderancia universal de las tropas de asalto y de las hordas tudescas cuya sangre no había sufrido contaminaciones degradantes.

En una época en que las razas resultantes de múltiples cruzamientos, se mezclan más aún y hasta se confunden, dando variada aportación de cultura y de sangre a la familia universal; toda limitación racista tiene que encontrar repudios en las poblaciones postergadas, constituyendo además serio peligro de reacciones en el frente interno, donde la exclusión sólo puede hacerse por medios violentos.

El concepto y el programa demográfico en la nueva Rusia, por ejemplo, constituyen amplísima réplica, exenta de prejuicios anticristianos y empíricos, respecto de la limitación vinculada al odioso orgullo racista. La URSS sustenta principios demográficos libérrimos, asimiladores de grupos étnicos variadísimos, contrapuestos a los del racismo que dividen a las gentes y diseminan odios desafiando a la humanidad, en cuya composición sólo una mínima parte está constituida por los que se declararon arios puros.

En esta segunda guerra mundial, se versaron intereses de todas las razas y de todos los países, y la aspiración más generalizada no puede ser otra que el triunfo de postulados que actúan eficazmente para que el bienestar humano se libre de la rémora de exclusivismos económico-raciales y de privilegios.

Para México, país mestizo que sólo podrá realizarse plenamente por la perseverancia en el desarrollo de una política orientada hacia la completa mezcla de los diversos elementos de su población, y para la América Latina en general, saturada de sangre india, en grandes proporciones de su territorio, ha faltado capacidad económica y han sobrado egoísmos, aunque no tan hondos como en otros pueblos, para asimilar, en el caudal del mestizaje, la adversidad de masas o de minorías étnicas que flotan a la deriva.

La mayor parte de la población mundial es de color, y para bien de la civilización postbélica hay la posibilidad de que surja una humanidad mestiza, de la que tal vez sea un anticipo la población mexicana. Fusionadas las sangres será más natural y fácil la fusión de las culturas. Si ha de extenderse el bienestar a los pueblos que no lo han tenido a su alcance, pero que han servido para que se disfrute de él en áreas exclusivas a las que son extraños, será preciso que entre las libertades fun-

damentales del mundo postbélico se incluyan las relativas a desplazamiento de personas y productos a través de las fronteras.

Se ha manifestado una importante tendencia del progreso humano en el sentido de crecimiento de las zonas industrializadas; las de carácter local se hicieron regionales o nacionales y ya asumían cierta amplitud continental cuando sobrevino la etapa de las guerras mundiales; pasadas éstas, evitándose una tercera que destruya la civilización, grandes federaciones de pueblos fraternos podrán franquear la era de la industrialización mundial.

La Rusia contemporánea, con altísimos índices de producción fabril que evoluciona al ritmo de los de su población agrícola, y empeñada en el equilibrio de su población y su producción, mostró en la reciente contienda, la más tremenda de la historia, un vigor que no se la conoció en su desafortunada lucha con el Japón ni en la primera guerra mundial. Se han trasmutado sus valores materiales paralelamente con los psicológicos y esta renovación total se manifiesta en las victorias de su ejército. También Francia, a raíz de su revolución, mostró plenitud de vigor y entonces su ejército fué el primero del mundo.

México ha salido de una intensa revolución que afectó su estructura económico-demográfica y necesita poner en acción todos sus recursos, principalmente para lograr el apogeo de su producción. La trascendencia de tan profundos cambios tiene que alcanzar a su ejército, que ahora, implantado ya el democrático servicio militar obligatorio, tendrá un carácter más representativo de la nacionalidad y será un agente más eficaz de la fusión de clases sociales y de grupos étnicos yuxtapuestos.

III

PUERTA ENTRECERRADA EN MEXICO

La población de México es poca y tiene exigua tasa de aumento. Nuestra política migratoria ha sido nominalmente de puerta entreabierta. En la práctica ha resultado de puerta entrecerrada con tendencia al cierre total. Nos hemos mostrado acogedores para una inmigración inoperante o sea la originaria de los demás países de América y la española. Inoperante porque esos países y España no tienen excedentes de población que puedan alimentar corrientes emigratorias. Nos habíamos estado rigiendo por un sistema de fijación de cuotas muy bajas de inmigrantes,

como si fuésemos un país muy poblado y habíamos seguido orgullosa y pobremente aislados en nuestros desiertos. En el Territorio Norte de la Baja California, la desolación de las tierras áridas retrocede ante la influencia del inmigrante y se consolidan defensas económicas que retienen aquel girón de patria vinculado a la nacionalidad. El Distrito Federal se sobrepuebla y acelera su desarrollo industrial, pero la población de la República, en conjunto, apenas alcanzó a duplicarse en sesenta años, a partir de la novena década del siglo pasado. Desde 1941 aceleró su ritmo de aumento, reduciéndose la posibilidad de duplicación a cerca de 40 años, pero entretanto nuestra puerta entreabierta era algo parecido a una muralla china. Antes de la Revolución, cuando todavía dominaba el latifundio y no había industria ni carreteras, en vano el gobierno auspiciaba la importación de colonos y reiteraba los intentos de importarlos, emulando la sabia política poblacionista de la Argentina. Atendiendo al monto de población a que México había llegado en 1940; a las realizaciones nacionales en los años bélicos, y a las perspectivas en las actuales de post-guerra, relacionadas con grandes planes constructivos, bien puede nuestro país aspirar a la duplicación de la cifra que alcanzó ese año, es decir, a cuarenta millones en cifras cerradas. Sin apresurarse mucho para llegar a esa meta y sin forzar tampoco su capacidad de poblamiento, bien podría, durante un lustro o durante una década, vigorizar con unos cincuenta o cien mil inmigrantes el aumento anual vegetativo que tiene, sujeto a la tremenda restricción de una mortalidad elevadísima.

Uno de los errores que motivaron el fracaso prerrevolucionario de casi todas las empresas de colonización, fué el de suponer que sería fácil aclimatar europeos en tierras cálidas, de soberbios paisajes, como los de la literatura trasatlántica a la sazón en voga, pero mortíferos. La aclimatación fué factible en clima templado, como el de Chipilo, en Puebla, para inmigrantes italianos, así como en el Pacífico (del norte), pese al excesivo calor, para la espontánea inmigración china, que llegó a ser copiosa y que fué vehículo de pestes como la bubónica. La presión demográfica de Asia, determinada por el hambre, no por una población próspera y pujante dotada de técnica moderna, obró a lo largo de todo ese litoral en el Continente Americano y se le puso coto por razones de salubridad y por miedo a la total saturación amarilla.

Cuantitativamente la población de México, evoluciona con ritmo demasiado lento, determinado por un aumento vegetativo algo mayor, del

2% anual, tasa que supera en más del doble a la que resulta del movimiento social o migratorio.

En el presente siglo, el coeficiente anual de las defunciones ha sobrepasado generalmente a la mitad del que se refiere a nacimientos. La natalidad hasta 1943 ha variado de 31.4 por millar de habitantes a 45.5 y la mortalidad de 22.1 a 32.3 con opuesta tendencia ambos fenómenos, al aumento y a la disminución, de lo que resulta que el movimiento natural de la población tiende a producirse en sentido ascendente.

En veinte años, hasta 1944, la entrada de nacionales y extranjeros fluctuó entre 96,000 y 204,000 por año, en tanto que la salida tuvo un campo de variación de 52,000 a 194,000. En ese lapso el número de inmigrantes propiamente dicho varió entre 695 y 40 721 y el de emigrantes tuvo fluctuaciones de 1 678 a 33 922. Muchas de las personas llegadas del exterior vinieron como repatriadas y las demás que entraron o salieron figuraron en las especificaciones de visitantes, turistas, transmigrantes, etcétera. Ocurre a menudo que la cantidad de emigrantes definitivos, sin contar a los temporales, excede a la de inmigrantes. El aumento natural y la repatriación son insuficientes para remediar nuestra baja densidad de población.

En México, no sólo está por emprenderse la marcha hacia el mar para poblar la costa, exuberante pero poco atractiva para gentes de tierra fría que rehuyen acogidas demasiado calurosas, sino que, extensa comarca de macro clima excelente, en la cuenca económica del Ferrocarril Kansas City, de Ojinaga, Chih., a Topolobampo, Sin.; tierras de micro clima envidiable, en la región alta de Chiapas, o en otras regiones, entre sierra y costa y entre ríos, como en Sinaloa, siguen esperando las colonias que les hacen falta.

Gentes y espíritu de empresa son los principales elementos necesarios en algunas regiones ricas, pero despobladas; a Tamaulipas están siendo trasladadas, con fines de colonización, por todos conceptos plausibles, numerosas familias campesinas tlaxcaltecas; la población faltante en el Territorio Norte de la Baja California está llegando de otras partes de la República; son nacionales convertidos en colonos, cuyos empeños progresistas han sido fecundos. También lo son los de extranjeros dedicados a trabajos diversos en el macizo continental, algunos de ellos organizados en colonias como las de Chihuahua. Hay, en tierras de clima africano, como las de la costa sinaloense, algunos extranjeros que trabajan estimulados por una

creciente prosperidad; griegos ya mexicanizados medularmente y hasta en la indumentaria.

Un extranjero inversionista o técnico laborioso que llega, es un factor del ahorro y de la independencia económica nacionales.

Sin que haya sido numerosa, la inmigración de las dos últimas décadas ha participado con eficacia en el desarrollo del volumen de negocios y en la formación de capitales arraigados en el país, donde muchos de ellos efectúan sus reinversiones y multiplican sus actividades, comprendiendo en éstas las conexas con otras industrias distintas de las extractivas de tipo genuinamente colonial y características de etapas anteriores. Es decir, los inmigrantes han prestado útil cooperación en el esfuerzo encaminado a emancipar económicamente a México. Sin el auge alcanzado en importantes industrias transformativas, la plata, que fué el soporte aleatorio de nuestra economía, habría sido arbitrio poco menos que nulo ante las contingencias de la guerra y de la postguerra.

IV

VICISITUDES DEMOGRAFICAS E INDUSTRIALIZACION

Un somero análisis etiológico de las vicisitudes nacionales, podrá revelar que las más adversas que enlutan nuestra historia, han tenido como causa primordial la baja densidad de población. Ahora que nos empeñamos en elevar nuestros índices culturales, en modernizar la agricultura, en la industrialización y en asegurarnos un lugar decoroso entre las naciones, necesitamos elevar esa densidad con el concurso de contingentes humanos que suplan nuestros exiguos saldos de nacimientos sobre defunciones.

Desde el coloniaje monopolista y en etapas sucesivas, caracterizadas por renovados privilegios y acaparamientos, la situación económica mexicana se reflejó mejor en un complejo demográfico poco lisonjero. Alboreó la democracia política cuando ya los monopolios modernos, dotados de alarmante fuerza, acumulaban obstáculos a la democracia económica. Consolidados en el mercado blanco, extienden su poderío al mercado negro y al succionar los mejores frutos del esfuerzo humano retardan el proceso evolutivo de la población.

Ya es tiempo de que veamos los problemas demográficos americanos desde el punto de vista de la cosmopolita América, de raíz indígena (América no se reduce a Falfurrias ni a Texas) y de que enfoquemos los co-

rrespondientes problemas mexicanos situándonos en México y atendiendo a las implicaciones mestizas nacionales; no desde puntos de vista europeos e influídos por prejuicios de superioridad de la raza blanca, prejuicios que, infiltrándose en el medio semibárbaro, de los *cowboys* texanos, persisten en el Nuevo Mundo como virus nefasto.

Los Estados Unidos se erigen como árbitros del comercio mundial sin perspectiva de interferencia inminente por parte de competidores potenciales, que ya lo fueron en acto, absorbidos ahora en la empresa titánica del abastecimiento interno, para la cual les será indispensable el auxilio de los empréstitos yanquis. Si los factores de auge más o menos próximos se sobreponen a los de crisis, entre los que sobresalen la inflación monetaria y las huelgas coincidentes con la desmovilización industrial y bélica, la población norteamericana será insuficiente, a juicio del economista George E. Sokolsky, para hacer frente a la demanda de mano de obra y para ocupar empleos.

Como reflejo de un desenvolvimiento norteamericano postbélico se activará la industrialización de la América Latina, dentro de la cual se ha señalado la vigorosa trayectoria de México, el Brasil, Chile, Uruguay y Cuba, por su actuación en el conjunto de las democracias; y si en los Estados Unidos del Norte puede faltar población, al sur del Bravo, en países típicamente despoblados como el nuestro, el déficit será más sensible, en perjuicio de sus designios de superarse.

Aunque la realización de convenios sobre libre acceso a las materias primas y a los mercados depende, más bien que de los gobiernos, de la organización monopolista que hace presión sobre los Estados, tendrán que seguir cediendo los obstáculos para el desarrollo de la América Latina, gracias a la evidencia de que la prosperidad de las naciones capitana de la industria estará más y más ligada a la conquista del poder adquisitivo en todas partes y para todos, es decir, a un estado próspero generalizado.

En las últimas décadas se ha producido en México una serie de cambios profundos en los dominios de la producción, de la actividad mercantil y de las finanzas. Nuevos conceptos y nuevos impulsos actúan en los negocios y el conjunto de esfuerzos ha venido creando una situación altamente favorable a la industria, cuyo progreso es una de las realidades nacionales más halagadoras por lo que significa en cuanto a liquidación de un estado colonial y a independencia. Muy particularmente debe señalarse el hecho de que ya la mayor parte de las materias primas destinadas a las

operaciones transformativas son nacionales; el valor de la producción industrial sobrepasa al correspondiente a la agricultura, lo que significa el paso a un tipo de estructuración económico más avanzado, con el que se avienen, como natural exteriorización, formas modernas de organización social y de cultura. Este impulso progresista ha sido secundado por extranjeros y es importante la participación de muchos de ellos en los magníficos resultados obtenidos: inmigrantes modestos, desplegando extraordinaria actividad y con tácticas nuevas en los negocios, han ayudado a galvanizar los del país y han hecho que grandes empresas, ante la competencia inesperada, cedan en la obstinación de mantener precios elevados y abandonen prácticas rutinarias. El auge de muchos giros de reciente creación, comerciales e industriales, que hace poco fueron pequeños, ha sido paralelo al de la trayectoria de ventas y producción industrial nacionales.

Afortunadamente no se practica en México el monopolio de la religión única, sostenida por el Estado mismo y ha evolucionado suficientemente el país para que no se incurra en el repudio de extranjeros por causas relativas a creencias; los sentimientos y las ideas de este pueblo mestizo, que en su proceso evolutivo necesita las aportaciones de todos los demás pueblos, lo impulsan decididamente contra la discriminación étnica o de credos religiosos y contra todo acto lesivo para la dignidad humana. Empero, la prianza de la religión católica la demostró el censo de 1940, con una mayoría de población que la practicaba; dentro del total de 19 653 552 habitantes, 18 977 585 hicieron la manifestación de su credo católico y 443 671 declararon no practicar religión alguna; el tercer grupo de la clasificación, en orden cuantitativo, lo integraron 177 954 protestantes; el cuarto resultó ser el de 33 094 personas de religiones no especificadas; finalmente el quinto y el sexto correspondieron a 14,167 israelitas y 2,664 que practicaban el budismo. No hay problema de equilibrio entre los grupos de creyentes o de incrédulos y todos conviven pacíficamente. Se advierte, por las estadísticas, cómo el de religión israelita, posiblemente de formación más reciente que los demás, resulta de mucha menor cuantía que la que suele atribuírsele; ha tenido, empero, considerable importancia en el desenvolvimiento de México, que ha coincidido con el advenimiento de la etapa industrial.

La centralización demográfica en la antiplanicie mexicana, contra la cual se preconiza la marcha hacia el mar, tiene a su favor el predominio político del valle de México y de la empobrecida y mortífera Mesa Central,

más mortífera que las costas. Algún sitio de buen clima y de ambiente quieto, cercano o lejano de este valle, aunque no se estuviera precisamente en el centro de gravedad económico-demográfico de la República, podría ser en muchos sentidos más adecuado que el actual para ubicación de los poderes federales. Desplazarlos de donde están significaría descongestionar la metrópoli y hacer afluir sus excedentes de población a otros lugares aquejados de anemia en habitantes y negocios.

Se anuncia la elaboración de estudios sobre densidad de población, por regiones, para establecer colonias de desocupados y para la redistribución interna de habitantes, lo que implica descentralización. Plausible es el propósito, y si todo dependiera de esos datos, el problema estribaría en ordenar y a lo sumo actualizarla con otras características, porque suele ser baja debido a la total carencia de agua o de comunicaciones. En cuanto a elementos de juicio redistributivo demográfico, es algo más lo que conviene allegarse: estudios sobre complejos sociogeográficos con suficientes pormenores sobre micro climas, estado sanitario, tierras, aguas, posibilidades de cultivos y de localización de industrias, medios de transportes, etcétera. Esto, junto con la preparación cuidadosa de los colonos potenciales, para que puedan serlo en función, superando la dificultad del financiamiento y de la adaptación climática.

V

MONOPOLIOS Y MIGRACION

México, aunque pugnaz por definición, ha padecido bajo la férula de los monopolios desde con anterioridad a los que se consolidaron allende el Bravo, en la madurez del capitalismo, que ya había producido en Norteamérica elevado nivel normal de vida. Monopolizadas en nuestro país la tierra y la riqueza en general, bajo el coloniaje hubo, además, la rémora del impedimento puesto por la metrópoli para otra inmigración que no fuese la muy exigua de españoles. Colonia sin colores. Ni gente ni capitales. Succión de recursos.

Los monopolios se anticiparon en México al industrialismo (monopolios de tipo colonial), en su territorio que España no podía ni permitió poblar y retrasaron la era del inversionismo y del desarrollo agrícola y comercial; como funesto legado demográfico del coloniaje hispánico, nos quedó la concesión otorgada para establecer en Texas núcleos expansionistas de población anglosajona.

El inversionismo tomó impulso en la segunda mitad del siglo pasado, cuando no había densidad apreciable de población por el estancamiento agrario, unido a la carencia de una red de transportes y cuando los soportes de la economía nacional eran la minería mal equipada y el cultivo rudimentario de la tierra.

En los Estados Unidos la pujanza de los monopolios fué consecuencia del desarrollo industrial, émulo del inglés, para el que no faltó afluencia de capitales ni de energía humana; Inglaterra misma aportó ambos elementos, y con gran liberación migratoria dejó que sobre sus colonias de América se desbordaran abigarrados excedentes de la población del Continente europeo, ambiciosos y desadaptados de todos los países de la tierra.

Mientras que de México independiente, pero pobre, siguieron partiendo remesas de metales preciosos, como en tiempos de la colonia, sin que llegaran al país colonos ni capitales y sin que hubiera medios eficaces para el logro de la unidad sociogeográfica y para la creación del ahorro nacional como base de liberación económica, al norte del Bravo crecía una potencia de abrumadora superioridad, en riqueza y población, respecto a los países del resto del continente.

Mayor fué la severidad de la repulsión contra el extranjero, antes de la independencia, porque los asuntos económicos se complicaban con los de creencias. Verdadera fruición hubo, por ejemplo, en el sacrificio de judíos, que en Europa y en la misma América eran elementos de notable actividad en la creación de condiciones que produjeron extensión del comercio y revolución industrial. En el curso de la era independiente, cuando México presentaba un hiriente espectáculo de pobreza y despoblación, de las playas europeas llegaban al ambiente de tolerancia de los Estados Unidos aludes de gentes que se prodigaban en el trabajo y en la empresa de crear un gran país.

Un temor patológico al exotismo, sus esencias fecundas, un complejo de rusticidad montaraz nos mantenía alejados de las corrientes del progreso, concretándonos a la imitación de exterioridades. Sin embargo, lentamente se formaban una población mestiza y un medio social sustentado con aportaciones culturales exóticas. Pronto, al norte, hubo cosmopolitismo y en México seguíamos encerrados en nuestros horizontes parroquiales: sólo a 160,000 en cifras cerradas llegaban los extranjeros en nuestro país al efectuarse el censo de 1940.

En 1930 había 11 459 mexicanos por naturalización y aumentaron a 37 802 en 1940; en esta cantidad estaban comprendidos 22 477 hombres

y 15 325 mujeres. Integraron los principales agrupamientos censales de extranjeros nacionalizados, según los datos de 1940, atendiendo a sus nacionalidades anteriores: 9 829 norteamericanos, 8 322 españoles, 4 357 guatemaltecos y 1 805 chinos; siguieron, en orden descendente, 1 165 libaneses de origen, 1 334 polacos y 1 250 rusos.

En todas las clasificaciones hubo aumentos en relación con las cifras de 1930. Se advierte, por tanto, que ha crecido la fuerza asimiladora de México y que muchos extranjeros tienden al arraigo definitivo en nuestro medio.

Los inmigrantes que conviven con mexicanos y que participan con nosotros del calor de una patria, adoptada por muchos de ellos; que han conjugado su esfuerzo con el de la población mexicana activa por elevar el nivel de vida nacional y comparten nuestra aspiración de engrandecer a México por el trabajo y la cultura, merecen que se les reconozca el bagaje que han traído de laboriosidad, conocimientos académicos o su empeño de simples productores adiestrados en la práctica. En años agitados aún, a raíz de la Revolución, ayudaron a crear una industria, que, aunque modesta, ha sido uno de los factores del advenimiento de una nación moderna, con renta creciente, elevado presupuesto y capacidad para ir substituyendo, con índices de bienestar general, sus contrastes atávicos de riqueza y miseria. Ayudaron a cimentar la paz, durante la cual hubo importantes progresos de orden social y después, cuando México luchó contra el totalitarismo nazifascista, incluido en el grupo de las naciones unidas, le impartieron auxilio para que ganara la guerra. Entre los nuevos inmigrados hemos tenido españoles republicanos que multiplicaron sus actividades y se destacaron en algunas muy importantes para la cultura, como la industria librera; judíos que han hecho prosperar la bonetería y otras industrias, han acelerado el movimiento mercantil y cuya actuación, en suma, al mismo tiempo que ha sido importante en el aumento del ahorro de la nación, se ha manifestado en el campo del pensamiento universal con aportaciones valiosas. Hemos tenido también griegos e inmigrados de otras procedencias. Conjuntamente y con las naturales excepciones de los antisociales indeseables, la escasa inmigración habida, cuenta en sentido ventajoso para México.

La población israelita, dispersa en numerosos países, cuya escasa magnitud en conjunto es equiparable a la de México, fija en el país, ha podido, empero, ejercer acción muy notoria en la obra del progreso mundial; carente de territorio para ubicar su nacionalidad étnica y darle con-

creción geográfica, la han llamado levadura de la humanidad por la parte que ha tenido en la formación de otras nacionalidades y en la extensión de nexos materiales y culturales entre todos los pueblos del orbe. Un israelita, Disraeli, ultimó la formación del Imperio Británico para ofrecerlo a la reina Victoria, y otro israelita, Einstein, realizó asombrosa conquista contemporánea en los dominios de la ciencia. La renuncia de este sabio a la nacionalidad alemana la estimó el filósofo alemán Keyserling como una de las grandes derrotas de la patria de ambos, infectada de racismo. Los hebreos han sido actores destacados de la historia de la civilización, identificada con la del comercio. Cuando algunos contingentes de israelitas tuvieron acceso a un reducido territorio de 26,000 kilómetros cuadrados, habitado en parte por musulmanes y otras gentes, diversificaron su capacidad de organización en la agricultura, la ganadería y en todas las demás actividades de la producción y la distribución de productos. Cerca de medio millón de inmigrantes han formado una colectividad modelo, cuya consolidación presenta innumerables dificultades que la convierten en uno de los más arduos problemas internacionales.

El proceso del engrandecimiento de Europa, el de los Estados Unidos, y la civilización contemporánea en la pluralidad de sus manifestaciones, han estado influídos por la población israelita, que también al sur del Bravo habrá de tener representantes en la tarea de contribuir al progreso del mundo postbélico.

Entre los acontecimientos promisorios de una era sin trabas en la América Latina para la migración de los latinoamericanos, desde el Bravo hasta la Patagonia, dentro de la patria grande, adquiere relieve, por su entrañable sentido de confraternidad, el pacto a que llegaron México y Chile para que sus nacionales puedan ir de uno a otro de ambos países sin el requisito de la visa de sus pasaportes. Idéntica franquicia en todo el continente, sería expresión trascendental de panamericanismo práctico.

Ha arraigado, en los estados de régimen democrático, la libertad de viajar, cambiar de residencia y distribuir productos dentro de cada uno de ellos, es de esperar, a medida que se estreche la interdependencia de los pueblos, dé su tónica esa triple libertad a la vida de relación internacional, instaurada en los de idéntico o parecido desarrollo, para que los beneficios otorgados por los convenios respectivos no entrañen carácter unilateral. Algo más amplio, más humano y de mejores resul-

tados prácticos podría lograrse, en materia económico-demográfica, por la vía de los convenios bilaterales, que la forzada aglutinación de Europa con rebaños de esclavos, sistemáticas matanzas de judíos, peores que los programas de los tiempos zaristas en Rusia; tratamiento de ganadería impuesto a las mujeres con fines procreativos, y prostitución auspiciada por el Estado totalitario

Aunadas la ciencia y las finanzas, necesitan extender los ámbitos del trabajo fecundo y crear condiciones universales que hagan accesibles a todos, el disfrute de la vida y la cultura. El imperativo cardinal, en medio del temor circundante, es la paz, para que aflore una nueva civilización. Las democracias necesitan estabilidad y parece haberla sólo en la URSS, en beneficio de la tarea constructiva interna del Soviet, y en menoscabo simultáneamente de la que ansían realizar la mayoría de las otras naciones para dar eficaz aportación al organismo internacional destinado a preservar la seguridad.

La URSS está exenta de inquietudes inflacionistas porque no se ha embarcado en aventuras especulativas forzando su especial situación monetaria supeditada a la capacidad productiva del país; huelgas y paros no perturban el orden totalitario impuesto, porque están proscritos; la desocupación no la afecta porque la población apta para el trabajo vuelve a sus puestos en el campo y en las fábricas, reabsorbidas por el desarrollo del cuarto plan quinquenal, y no habiendo urgencia de elevar las exportaciones porque el país no vive del comercio exterior, la producción se destina al consumo doméstico

A mayor abundamiento, la libertad de expresión y las demás libertades esenciales en los regímenes democráticos, no han sido menesteres usuales en los dominios del Soviet, y por falta de costumbre ha sido fácil prescindir de ellas.

Los aspectos autárquicos en la economía soviética, enorme monopolio de Estado, tienen su expresión política equivalente en la propensión aislacionista, así como, en el orden demográfico, establecen concordancia con el hecho de no ser la URSS país de emigración ni tampoco abierta a la inmigración.

VI

POLITICA MERCANTIL Y POLITICA MIGRATORIA

El liberalismo mercantil no ha tenido equivalente en el movimiento social de la población mediante reciprocidades basadas en la acogida

a extranjeros. Países que por su desarrollo preponderante sobre los otros, tienen ventajas aseguradas de antemano en la competencia de la producción y no la temen por tanto en el comercio, son liberales en cuanto a esta actividad, máxime que tienen que cubrir déficit de materias primas; pero, al menos de manera permanente, no pueden hacer extensiva esta actitud al flujo y reflujo migratorio porque, si bien necesitan producción primaria del exterior para transformarla en sus fábricas o productos naturales alimenticios de otros climas, en cambio, les sobra población o tienen la suficiente.

En las grandes naciones, la marcha ascendente de la industria con todas sus implicaciones generadoras de un nuevo estado social, mantuvo creciente demanda de mano de obra, al mismo tiempo que la elevación del nivel de vida hizo crecer la población. Fué la etapa en que, a menudo, no bastando el acelerado crecimiento de efectivos humanos, se impuso la necesidad de reforzar la población con aportaciones del exterior. Una industrialización intensa hizo cambiar la situación demográfica; se detuvo el rápido crecimiento de la población ante la baja de la natalidad y se produjo un estado contrario a la posibilidad de migración y hasta propicio a la emigración continua.

Como antes Inglaterra, libre cambista por antonomasia, los Estados Unidos llegan a la cima del progreso industrial, por lo que bien pueden secundarla en su política mercantil característica. En las conferencias de Chapultepec y en las de La Habana propugnaron el comercio libre en América; pero no han abordado aún, con los demás países del continente, el trascendental problema de proceder con igual liberalidad en lo que atañe a migración panamericana. Recientemente, en situación de emergencia, por convenios con México, recibió la vecina república el auxilio de gran cantidad de trabajadores mexicanos y muchos de ellos han seguido siendo necesarios allá, donde las actividades de reconversión industrial, que se desarrollan bajo el apremio de un enorme déficit mundial de productos, tendrá que seguir reclamando grandes ejércitos de trabajadores.

Producción limitada casi exclusivamente a la minería, que proporcionaba los elementos de máxima demanda en la metrópoli; comercio exterior raquíptico monopolizado por la misma metrópoli y a base de metales preciosos que constituían el objeto único de la actividad minera; población india de bajo poder adquisitivo que se fué volviendo mestiza sin que se elevara gran cosa su nivel de vida, y una migración escasa, porque España no tenía excedentes de población que pudieran venir a

las colonias de América, cerradas para el resto del mundo tanto en corrientes mercantiles como migratorias, tales fueron los caracteres más acusados del coloniaje en nuestro país. Muchas rémoras para el desarrollo nacional han prevalecido en el curso de la vida independiente.

Hasta la segunda mitad del siglo pasado vino el fomento a las inversiones y a la migración. En cuanto a la importación de capitales, se logró al advenimiento de la paz y fué el origen de empresas que florecieron afectando en muchos casos el futuro económico y político de México. En cambio, a excepción de alguno, se frustraron todos los intentos de importar contingentes humanos para formar colonias; el fracaso fué rotundo en la tierra caliente, escogida en la mayoría de los casos, con obvio desacierto, para la aclimatación de europeos.

De esos tiempos data la marcha ascendente del comercio exterior mexicano, que llegó a contar con el factor importantísimo del servicio de barcos en nuestros mares.

A partir de la tercera década del presente siglo se han producido rápidos y consistentes progresos industriales, estimulados, en los dos lapsos bélicos que sobrevinieron a partir de 1914, por la disminución o cesación de remesas de artículos procedentes de Europa y por el quebranto general que ocasionó el conflicto al tráfico trascontinental y consecuentemente al interamericano.

El lugar que en el continente ocupaba México por su comercio exterior, antes de la segunda guerra mundial, no era descollante, y la densidad de población seguía siendo baja. Las grandes corrientes migratorias que afluyen al Nuevo Mundo se han desviado de las costas mexicanas para dirigirse a países en que la importación de brazos ha sido el principal factor de progreso.

En el lapso intercensal 1930-1940 el número de extranjeros en México se redujo de 159 876 a 67 548. La mayor cantidad, por nacionalidades, la constituían los españoles, aunque habían descendido de 47 239 a 21 022. En los agrupamientos censales de 1940 seguían los norteamericanos, que llegaban a 9 585 y los canadienses, en número de 5 338. A continuación, y en orden descendente, figuraban chinos (4,856), guatemaltecos (3,358), ingleses (2,987), alemanes (2,852), libaneses (2,454), franceses (1,801), polacos (1,552), japoneses (1,550), italianos (1,183), cubanos (1,123), árabes (1,070), rusos (1,038) y de otros países en cantidades menores de mil.

Numerosas leyes de impulso generoso abstracto y de bello contenido imaginativo nada modificaron la realidad objetiva mexicana y continuaban el estancamiento de riqueza y población; pero un conjunto de hechos positivos, como la industrialización en aumento y la creación de capitales cuantiosos, han contribuido al surgimiento de grandes posibilidades constructivas que tendrán que reflejarse en el aspecto demográfico.

Hemos sufrido lamentable retraso. Llegamos a una fase evolutiva de la producción y del aceleramiento de la actividad mercantil con el afán de recuperar el tiempo perdido aprovechando, en la contraposición de los intereses creados y de los acaparamientos internacionales, los factores endógenos y exógenos que pueden favorecernos.

VII

EXPECTATIVA DE VIDA Y RECUPERACION DEMOGRAFICA

Por circunstancias geográficas, políticas o también determinadas por causas de orden monopolista, el desarrollo económico de los países ha sido tan desigual como la distribución del potencial demográfico; pero la geografía es susceptible de modificación y tal posibilidad se extiende al marco económico-social. Correlativamente puede hacerse que la vida evolucione en las peculiaridades de su desarrollo y en su duración: los negros de los Estados Unidos, que anteriormente no alcanzaban la expectativa de vida de los blancos, ya la están superando; han evolucionado respecto a sus antepasados del Continente Africano: ya no son Africa; son América, según la expresión de uno de sus más destacados representativos. Esencialmente, algunos de sus caracteres diferenciales respecto de los blancos, son tal vez de aventajamiento.

Comparados geográfica y cronológicamente, la expectativa o promedio de vida, han evolucionado en el curso de los años con el poder adquisitivo de los agregados humanos, según la investigación estadística, que varían entre los países y hasta en un mismo país por grupos con diferentes posibilidades económicas, se revelan variables grados de evolución en el tiempo, en el espacio y en la escala social.

México, donde la duración media de la vida es de algo más de 37 años, tiene un retraso y una desventaja como de siglo y medio en relación con los Estados Unidos, país en que se ha elevado casi al doble. En cambio, en la India, se limita a menos de 27 años; algo ha mejorado

el medio social en ese país, circunstancia de la que derivará la prolongación de la vida humana en él y acelerará la reproducción de los 400 millones de hindúes ya emancipados del Imperio Británico.

Entre los promedios europeos, hasta la segunda guerra mundial, se destacaron los de Suecia, de 64.30 en cuanto a los hombres y de 66.92 respecto a las mujeres. En Oceanía, Australia y Nueva Zelandia habían alcanzado la primacía intercontinental. En las estadísticas mundiales no descollaba la URSS, que tiene el designio de superar todo lo realizable hasta el presente, sobre una base económica y con el concurso de la investigación científica.

Adelantándose al complejo de circunstancias favorables en el futuro al crecimiento de la población, la ciencia está logrando notables progresos encaminados a la posesión del secreto de la longevidad; mucho se había ganado ya en algunos países por la buena alimentación, los hogares confortables, la higiene y la medicina. La civilización, con la consiguiente alza del poder adquisitivo, superpobló a gran parte de Europa; pero en algunas regiones hizo estragos el control de la natalidad. Nuevas condiciones de bienestar, extendidas ampliamente, podrán elevar la población del mundo entero, más aún si la estabilidad económica a base de seguros o de algún otro medio elimina taxativas antinaturales; pero si el área terrestre, que ahora es sobrada, llegase a parecer estrecha, las posibilidades de la ciencia son ilimitadas y ya se considera empresa realizable la de poblar las regiones glaciales. México, al iniciarse el gigantesco desarrollo integral de la cuenca del Papaloapan, ha emprendido trascendental tarea de señorear la tierra caliente.

Problema apremiante aparejado al de planificar y desarrollar conjuntamente las economías de compartimientos que separan a los países, considerándolos como una sola por el determinismo de la interdependencia, es el de la distribución y el asentamiento racionales de la población; para retenerla en los países de origen, evitando los vaivenes a que la somete el hambre, se necesita que la libertad auténtica, sin discriminaciones, la técnica y los capitales, vayan a donde hacen falta; fenómeno que podrá producirse como resultado de apremios de la potguerra y de la colaboración internacional. Aminorada o desaparecida la movilidad geográfica proveniente del instinto de conservación colectivo, los mismos medios de vida creados para evitar los éxodos de seres hambrientos prolongarán la expectativa de vida. Es decir, mejorado el clima social, lo que implica descenso de la emigración y de la mortalidad, posiblemente au-

mentada la natalidad, la resultante será una acelerada elevación del total de habitantes en la tierra.

Ya está en vías de realizarse más a fondo y con mayor extensión, la conquista del agro: destruyendo latifundios, innovando cultivos y hasta ganando al mar, a las regiones glaciales y al trópico, superficies para la explotación; a la vez, parece que se ampliarán zonas industriales, con posibilidades de que se unifiquen las de todos los continentes, y bajo el signo de la velocidad se promueve el acercamiento de pueblos y productos. Al racismo discriminatorio y retardatario, que rompió la trayectoria temporalmente pacífica de las naciones, debe suceder el estrechamiento de nexos internacionales y el cosmopolitismo orientado hacia la plena democracia y hacia la paz orgánica. Para reanimar la economía del mundo se recurre a grandes medidas como la concesión de préstamos fabulosos por parte de los Estados Unidos a naciones que, más directamente, pueden actuar como rectoras de la recuperación postbélica.

Para el recíproco acercamiento y mejor desarrollo de las máximas zonas antropogeográficas mediante el enlace y el acortamiento de las rutas transoceánicas, se practicó la unión de mares, en el siglo pasado y, cercana la mitad del presente, va llegando a certeza la posibilidad de unir, por debajo del mar, a Inglaterra con el macizo continental europeo y los continentes asiático y americano entre sí activándose, de esa manera, la integración ecuménica con la de un sistema intercontinental de comunicaciones y transportes que incluirá la gran carretera panamericana. Al mismo tiempo, las naciones han concertado pactos para unirse y deliberan frente al haz de banderas que pregonan esa unidad, desgraciadamente no consumada todavía y estorbada en la práctica por suspicacias e intereses contrapuestos.

Con el átomo aspira el hombre a dominar lo cósmico. La posibilidad de fundir el casquete polar, basada en el principio de la desintegración nuclear, según oímos decir en México al sabio Martín Deutsch, del personal de "Los Alamos Atomic Bomb Project"; el clima artificial, el empleo del D.D.T., y la paludrina, como un "ábrete sésamo" para penetrar en las zonas palúdicas y dominar el trópico; las maravillas serológicas soviéticas destinadas a prolongar la vida; la eliminación de la rémora latifundista en Prusia, madriguera de los junkers en Corea y en todas partes; el fabuloso capital que se diseminará en operaciones bancarias internacionales, y en suma, la ciencia en sus últimos avances, unida a la extensión de las finanzas fuera de las zonas que las circunscriben; con

la organización agraria y agrícola y con la industrialización intensiva y extensiva, harán crecer el ecumen, sus recursos y su población.

En la hipótesis de que la bomba atómica quede para las generaciones venideras simplemente como primera piedra del monumento a la confraternidad universal; de que cesen las guerras, aumenten los medios de vida, disminuya al mínimo la morbilidad y puedan precaverse nuestros pósteros contra el flagelo de los demás agentes destructores, si el mundo efectúa reajustes y redistribuciones indispensables para producir sobre bases racionalizadas con todos los recursos de la técnica, es improbable que la población del ecumen supere el óptimum respectivo y sobrevenga un colapso por falta de espacios vitales en la corteza terrestre. Diferentes marcos climato-botánicos del mundo acusan despoblación en grandes superficies explotables y limitación de zonas antropogeográficas o comarcas reducidas de fácil explotación. No se ha desarrollado la batalla del trópico, sólo está iniciada la de las regiones glaciales y el hombre aún no señorea la total extensión del planeta.

Objetivo inmediato para fincar una paz próspera que rebase las fronteras de los países devastados, puede constituirlo el cúmulo de población sobrante ahora en ellos, sin hogar y sin trabajo, que para no morir de hambre llamará a las puertas de América o tratará de ir a cualquiera otra parte en que haya alguna remota esperanza de sustento. La recuperación económica debe coordinarse con la demográfica, antes de que las pérdidas de vidas en la postguerra hagan que aumente la magnitud del saldo trágico de la guerra.

Casi no tenemos inmigración y México puede aprovechar esta oportunidad para ir remediando su escasez de habitantes. El estancamiento demográfico, que puede corregirse con gentes de fuera cuando no basta el crecimiento natural, trae la inevitable consecuencia del retraso económico.

El imperativo de México no es de reconstruir sino de emprender la magna obra secularmente descuidada, de construir con espíritu moderno, para alcanzar un elevado nivel de vida. Gentes dinámicas, con capacidad constructiva, obligadas por el empobrecimiento de Europa a desprenderse de ese medio pueden ser las que, en el nuestro, como algunas otras que las han precedido, den la aportación de trabajo, técnica e inteligencia necesarias en la decisiva etapa de renovación nacional, que tendrá que ser también de cosmopolitismo y de universalidad de pensamiento.

VIII

OPTIMUM DE POBLACION Y MESTIZAJE

¿A qué niveles económico, demográfico y militar podrán elevar a México las fuerzas que en resultante ascensional lo impulsan en esta nueva etapa de su evolución? La respuesta no podrá obtenerse sin consultar estadísticas.

En tiempo de concentración agraria y de riego e industria transformativa, prácticamente nulos — afirmó Bulnes que México podía tener cien millones de habitantes. Posteriormente un economista afirmó que el Matto Grosso, en el Brasil, tiene capacidad para alcanzar esa cifra. Si México, por un desarrollo económico muy distante con anterioridad a su Revolución, hubiera podido alimentar esa cantidad de seres humanos, no hay por qué dudar que la habría tenido, puesto que estaban abiertas las fronteras para la inmigración y se hacían esfuerzos para traerla. La potencialidad total del Estado no es susceptible de grandes aumentos si no se unifica el potencial humano desarrollando al par la producción; y tampoco, sin numerosa población bien abastecida, puede haber un gran ejército. Además, México, no es el Matto Grosso y esto sólo constituye una parte del Brasil cuya población conjunta aún no llega ni a la mitad de los cien millones

Hace aproximadamente una década, un estadista que calculó la curva logística de la población mexicana, estableció que el máximo a que ésta podría llegar, sería de 22 millones de seres humanos. Con la tasa de aumento postrevolucionario que dicha población ha mantenido, de medio millón de habitantes por año, ya superó la cantidad que según el cálculo determinaría el grado de saturación, y todo indica que, al continuar en ascenso los índices de producción, paralelamente aumentará el número de habitantes cuyo límite todavía parece considerablemente lejano. En otros términos: el optimum de población lo determinará el resultado a que se llegue en los esfuerzos sistemáticos que se necesitan para dotar a México de una economía equilibrada.

De lograrse para los mexicanos un normal de vida de tipo norteamericano, como lo vaticinó el primer Coordinador de Asuntos Interamericanos, lo más probable es que la población de México no se estanque en su monto actual de veinticuatro millones, sino que pueda llegar a 50 o 60.

Un emplazamiento racional de industrias profusas, y de acuerdo con una activa movilización de capitales, con los rápidos medios de transportes de que sin duda se podrá disponer y con los nuevos inventos estimulados por la guerra, hará factible la participación, en actividades económicas intensamente productivas, de millones de seres humanos substraídos al dinamismo de la vida moderna y al disfrute de sus beneficios.

Extendiéndose la industria por el mundo, cesará el motivo de las inmigraciones hacia las limitadas zonas en que se concentraban capitales y adelantos fabriles. La distribución de las materias primas, contándose ya con numerosos substitutos químicos, no debe determinarse sólo por la geografía y por una organización en pugna con la velocidad y la interdependencia de las naciones, hija de hegemonías forzadas, que separaban zonas y razas.

El aumento del poder adquisitivo, donde éste era escaso por falta de medios de aumentar la producción, traerá consigo una mejor distribución de los seres humanos. Además, acentuará la acción de los factores económicos que concurren en la igualación del vigor físico y en el logro de la plenitud funcional de los grupos étnicos. La errónea teoría de las diferencias de calidad biológica se invalida con sólo observar cómo los negros en los Estados Unidos, disfrutando de medios de vida muy superiores a los de sus antepasados del Continente Africano, aunque en condiciones sociales en lo general precarias respecto de los blancos, son ya una raza evolucionada que en vigor físico no presenta caracteres de inferioridad respecto del resto de la población de aquel país. Los negros, superados los primeros años de nacimiento, de elevada tasa de mortalidad infantil, aventajan a los blancos en expectativa de vida. No hay indicios ni comprobación histórica de que las razas llamadas de color sean refractarias a la cultura e incapaces de evolucionar como cualquiera otra raza. El haber atribuído esa doble incapacidad a los japoneses fué un error pagado a subido precio por la Rusia zarista. En la nueva Rusia no hay prejuicios raciales y, en gran parte, de allí deriva su fuerza. Los negros, tanto en el Brasil como en los Estados Unidos y en Cuba, han sido valiosos elementos de progreso colectivo asimilados a formas de cultura que fueron extrañas a sus antepasados. La creencia de que el cruzamiento de negros y blancos se traduce en aumento de criminalidad, es contraria a la realidad objetiva en el Brasil y, en cambio, fué alarmante en Europa la tendencia de los "arios" dizque puros, de habla germana y de cascos de acero, a efectuar crímenes colectivos y en serie fantástica.

La biología y la estadística fijan un criterio positivo sobre calidades raciales, equivalentes o compensadas, destruyendo falsedades doctrinarias que en México, país mestizo, significan barreras artificiosas y antipatróticas para la unidad nacional.

Muchos blancos de los Estados Unidos, descendientes de inmigrados de las más variadas procedencias y producto de muchas mezclas de sangre que se dicen americanos ciento por ciento, no admiten que diga otro tanto de sí mismo un negro de antepasados traídos del Continente Africano como objeto de tráfico esclavista. Empero uno y otro están connaturalizados con el Nuevo Mundo y con el medio social en que viven. Este medio social les ha diferenciado de los grupos étnicos de que proceden y al mismo tiempo ha establecido entre ellos no pocas semejanzas. Se han producido influencias recíprocas e intercambios diversos, voluntarios e involuntarios, y, a pesar de las diferencias somáticas, blanco y negro son elementos y factores de un proceso de evolución demográfica. De no ser por los prejuicios del "white people" hacia las gentes de color, los descendientes de esclavos se diluirían en la masa predominante de población blanca, en el curso de unas cuantas generaciones y seguramente los negros, con su vigor físico, no aportarían un contingente degenerativo. Un tenor de vida muy superior al de los negros de las regiones incivilizadas de Africa, donde se padece miseria y hay pigmeos que más parecen monos que seres humanos, ha creado, en los Estados Unidos, ejemplares magníficos de negros, entre los cuales no faltan vencedores de los blancos en las lides deportistas. Sobre justicia, pues, al poeta negro que hace hablar a sus connacionales por medio de uno de ellos diciendo: "Yo también soy América."

Con mayor razón el indio en México podrá decir: "Yo también soy México." Sus antepasados estaban aquí cuando vinieron los blancos; eran los dueños de las tierras y no tardaron en quedarse sin nada.

El gran problema actual de México consiste en incorporarlos a la nacionalidad, tanto económica como espiritualmente. Esa será una trascendental labor civilizadora, de las más importantes que se realicen en América, donde hay muchas fuerzas operantes que tienden hacia la unidad. Las barreras étnicas y económicas se van debilitando y en México es preciso que el indio, el mestizo y el blanco convivan sobre bases de igualdad para que desaparezcan esas barreras y se integre la nacionalidad de la sangre, paso indispensable para llegar a la del espíritu.